

PIP Y LOS RASTREADORES DEL CREPÚSCULO



CHRIS MOULD

Título original: *Pip and the Twilight Seekers*

1.ª edición: abril 2012

© Del texto e ilustraciones: Chris Mould, 2011
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2012
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2926-6
Depósito legal: M. 2774/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España — Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

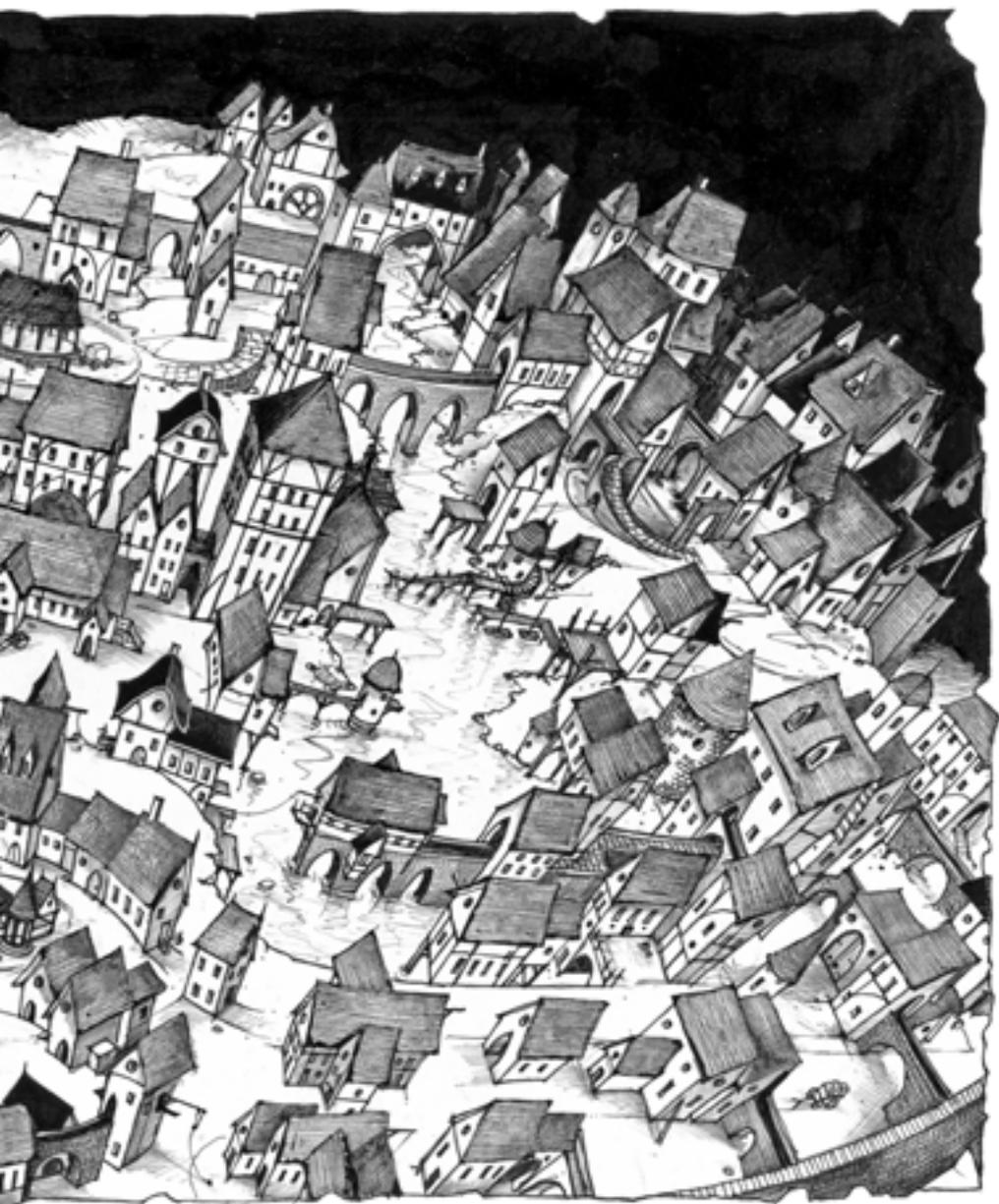
Chris Mould

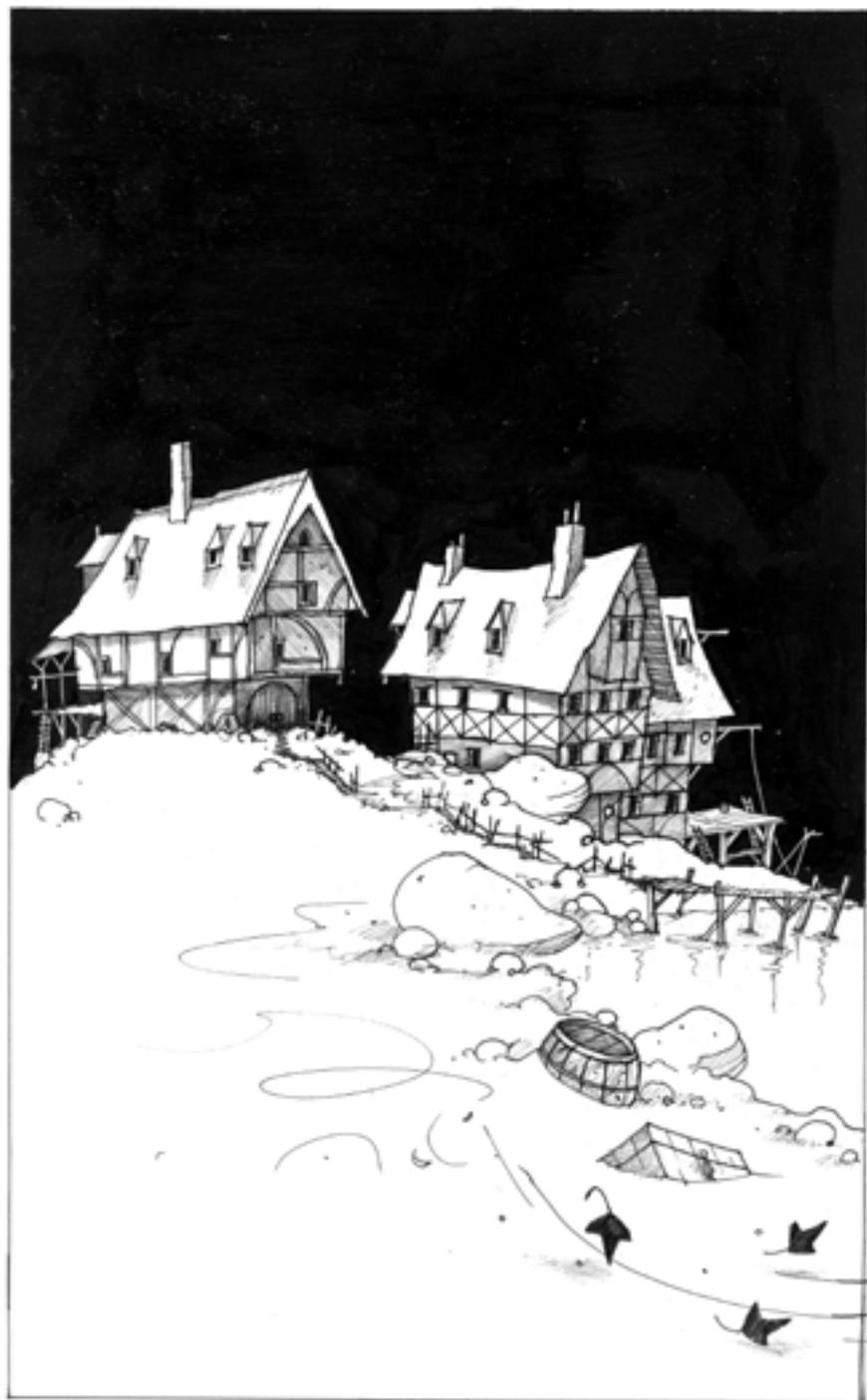
PIP^Y_{LOS}
RASTREADORES
DEL
CREPÚSCULO

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA







CAPÍTULO 1



En el que cesa la ventisca y empieza la locura



Los inviernos son largos aquí en Valdelahorcado. Fríos, intensos, inclementes. Las ventiscas barren el valle y la ciudad, recorriendo las calles y acumulando la nieve contra las puertas, silbando entre los árboles y vistiendo ramas y troncos con un grueso manto de escarcha.

Las zarpas y las largas garras de las criaturas del bosque que se ha-



bían escondido en el interior de los agujeros recubiertos de corteza de los árboles del Bosque de la Rueca. La espesa nieve del suelo del bosque no mostraba marcas de sus pezuñas ni huellas de sus pesados pies. Hasta Jarvis, el guarda de la ciudad, se había quedado encerrado en su casucha, incapaz de aventurarse en busca de almas perdidas. Odiaba a los niños y no se detenía ante nada para eliminar a uno de ellos; pero precisamente aquellos días su carruaje yacía averiado, con el eje apoyado contra el suelo y la rueda suelta, tapada por la nieve.

Hacía tiempo que allí no se movía ni un alma: desde que aquellos tres niños habían escapado por los pelos de los males del bosque, perseguidos por el griterío de Jarvis y del resto de las criaturas del bosque.

Pero en aquel mismo instante se calmó el viento: la tempestad de nieve y viento helado se detuvo de pronto. Bajo los amontonamientos de nieve había trozos de tejas rotas y sombreretes de chimenea, y asomaban las ramas quebradas de árboles cercanos como capullos primaverales. Sin embargo, aún no había llegado la estación florida, y el furioso invierno seguía librando su batalla contra el mundo.

—¡Aviva el fuego, Esther! —ordenó Jarvis, acurrucado perezosamente al lado de la chimenea, con

la mano y el garfio metidos en las axilas. Contempló, divertido, cómo la cuerva sacaba de la cesta pequeñas ramitas y, revoloteando en torno a los crepitantes brillos anaranjados, arrimaba el pico a las llamas para echarlas al fuego.

Finalmente, Jarvis se levantó de la silla y descorrió con el garfio la cortina triste y medio podrida que tapaba la ventana cubierta de escarcha. Echó el aliento en el cristal, y lo limpió haciendo círculos con la mano:

—¡La tormenta ha cesado, Esther! Ha llegado la hora de buscar venganza y echarles el garfio a esas asquerosas ratas de ciudad. Sabemos que están aquí. Al final siempre me llevo el premio —dijo con orgullo, cerrando un ojo y entrecerrando el otro para ver a través del cristal, aplastando contra él su nariz de patata.

Jarvis había recordado una y otra vez la reciente refriega que había tenido lugar en Valdelahorcado: había estado a punto de atrapar a aquellos tres niños, había estado en un tris de encerrarlos en la mazmorra del bosque... Pero los tres mocosos habían logrado escapar, y ahora la cólera lo consumía.

Durante las tormentas de nieve que habían seguido a la huida de los niños, Jarvis se había sentado a darle vueltas a la cabeza. Parecía que aún podía verlos: el más pequeño era un niño que sa-



bía que tenía por nombre Pip; la siguiente, una niña inolvidable debido a sus greñas y a los andrajos con que iba vestida; pero el mayor, que era un muchachote grandullón, le resultaba conocido por algún motivo. Aquella cara mofletuda no se le apartaba de la mente. La había visto antes en algún sitio y sabía que, si se concentraba bien y el tiempo suficiente, terminaría por caer en la cuenta de dónde había sido.

—Me parece que ha llegado la hora de asomar el morro —comentó Jarvis, anunciando a Esther sus intenciones.

—Pero ¿y el carruaje? —preguntó Esther—. ¿Y la rueda rota?

—Iré andando a la taberna, Esther. Hay algo que no

deja de rondarme por la cabeza. —Jarvis parecía perdido en sus pensamientos.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando se volvió. Se acercó a la chimenea y, levantando el brazo izquierdo, se puso a afilar la punta del garfio contra el dintel de piedra. Contempló la punta con una larga mirada llena de satisfacción, le sacó brillo con una esquina de su capa negra, se envolvió en la capa, y se internó en la noche, dejando unas profundas huellas en la espesa capa de nieve.